

con perfeccion y constancia, á semejanza de deliciosas Primaveras, podremos ser tambien nosotros un dia trasplantados en los jardines de los cielos.

DIA TERCERO.

EL JUNQUILLO,

Ó SEA:

LA GRACIA.

Optimum est enim gratia stabilire cor:
Lo que importa sobre todo es fortalecer
el corazon con la gracia.

HEB. XIII, 9.

La primavera va avanzando, y la deliciosa y siempre creciente bonanza que la distingue, da lugar á la tierra para revestirse de sus peregrinas bellezas. A la inocente Primavera, que con anticipacion anuncia la llegada de los dias hermosos, sigue bien presto, y hasta casi puede decirse que con ella compite, aquella tierna planta no ménos gentil, aquella flor no ménos deliciosa y grata, llamada Junquillo. Nitido tallo, flor de elevada estructura, olor penetrante y suave, tales son las propiedades que la adornan. De hojas puntiagudas, de campanelada forma, vária en los colores, ora blanca con visos de encarnado oscuro, ora amarilla con mezcla de blanco puro, ella cautiva vuestras miradas, sublima vuestro pensamiento, y mueve con fuerza irresistible los afectos de vuestro corazon.

Y vosotros la contemplais aquí, solitaria en lo alto de su tallo; y allí, con múltiples hojas en torno de su tronco, ora levemente inclinada sobre el suelo, ora erguida hácia el cielo con gallardía; en unas partes, cubierta y bien provista de estambres; en otras, bella por la simplicidad de las hojas. A la vista de su prodigiosa belleza, vuestro corazon siéntese como elevado sobre sí mismo.

Mas, ¿de dónde ha sacado esa flor tanta belleza? ¿De dónde procede tanta excelencia como notamos en el delicioso Junquillo? ¡Ah! mis queridos hermanos; el motivo de tanta hermosura y grandeza en esa flor debemos buscarla en el interior de su cáliz, en el secreto de sus estambres, en lo recóndito de sus hojas. Esa causa consiste en aquel jugo precioso que, exprimido maravillosamente en aquella abundancia de amarillo que lo contiene, comunica frescura á los estambres, fragancia á las flores y atractivos á la planta. Esa causa se halla en aquel precioso jugo, ó licor, que una vez destilado, ablanda la dureza, restaura la debilidad y consuela los pesares. Sí, lo repito; esa causa está en aquel precioso licor... ¡Licor misterioso! ¿qué quieres tú significarnos con tu suave fragancia y tu peregrina belleza?

Demandádselo, señores, á ese místico Junquillo, á esa flor verdadera de los campos, venerada sobre aquella ara sacratísima. ¡Oh! ella os responderá, que su rostro agraciado por la elegancia de las formas, sus mejillas deliciosas por la vivacidad de los colores, y su fragancia suave por la variedad de los perfumes, son el efecto de aquel precioso y espiritual licor, de aquella gracia celestial de que se halla colmado su inocente é inmaculado corazon. ¡Oh, precioso licor! oh gracia divina! tú, que tanto puedes elevar á la mortal criatura sobre este suelo; tú, que esparces tanta belleza y frescura sobre las facciones de María; tú, que embalsamas su vestidura con tan suaves fragancias; ¿por qué no vienes, pues, á derramarte sobre nuestro miserable corazon?

Mas ¡ay! mis queridos hermanos; ¿de qué aprovecha el invocar sobre nosotros la gracia del Altísimo, si, desdichados, tantas veces la hemos perdido y despreciado? ¿Acaso no la recibimos en las aguas saludables del bautismo? ¿No la recobramos luego en el tribunal de la penitencia? ¿No la acrecentamos, por último, en la mesa del Esposo? Y hoy (¡infelices de nosotros!) ni siquiera las huellas conservamos de ese don celestial. ¿Qué mónstruo, pues, lo arrebató á nuestro corazon? ¿Qué cruel tirano pudo quitarle de nuestras manos? ¡Ah! nosotros mismos hemos sido los mónstruos; nosotros los crueles tiranos; nosotros, que no hacemos aprecio alguno de esa preciosa margarita; nosotros, que no nos tomamos trabajo alguno para hacerla siempre más bella y esplendente; nosotros, que no curándonos de conservarla, la expusimos á la rapacidad de nuestros adversarios.

¡Ah! durante esta noche, mis queridos hermanos, en la cual nuestra Madre María, ofreciéndose á nuestras miradas bajo el símbolo

del misterioso Junquillo, nos enseña la excelencia de la gracia, y con la excelencia el cuidado de conservarla, y, en consecuencia, el deseo de acrecentarla; aprendamos la manera con que debemos conducirnos con la gracia del Señor, haciendo de ella aquel aprecio que es debido á su excelencia; considerándola con aquel esmero que conviene á su valor; tratándola con aquel cuidado que solo puede hacernos eternamente bienaventurados. Y obrando así, dichosos nosotros! pues tambien de nosotros podrá decirse en verdad, que, agraciados por la delicadeza de las formas, bellos por la vivacidad de los colores, suaves por la fragancia de la vestidura, cual místicos y espirituales Junquillos, atraeremos hácia nosotros las miradas y las complacencias del Altísimo. Lo veremos, despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

Para apreciar debidamente un objeto dado, es preciso, señores, conocer, ante todo, su valor, su preciosidad y su excelencia. Y si bien es cierto, que solo se estima aquello que es grande y sublime, es verdad, igualmente, que lo grande y lo sublime tampoco se aprecia si ántes no es reconocido por tal. Pues bien; podríais decirme vosotros, ¿cuál es la dignidad, la excelencia de la gracia? ¿Dios mio! ¿y quién será capaz de expresarlo jamás con la humana lengua? ¿Qué inteligencia creada, por perspicaz que sea, llegará á comprender la naturaleza interior de ella? ¿La gracia! Y ¿en qué consiste, señores, ese don precioso! Es un don, notadlo bien, no temporal y terrenal, no perecedero y caduco; sino celestial, inmortal, divino; extraído de los depósitos del cielo, sacado de los tesoros inmensos de las divinas grandezas, enviado á nosotros por las manos mismas de Dios: de aquel Dios que no conoce miserias; de aquel Dios, que, dando, nada pierde; de aquel Dios, que, siendo soberano, obra con soberana magnificencia. Es un don que nos viene del Cielo; pero, para volver al Cielo: un don que se concede á los mortales; pero, para convertirlos en celestiales: un don que desciende sobre este suelo; mas, para convertirlo en anticipado paraíso.

Y ahora, amados cristianos, considerad los efectos de ese don divino. El alma que lo posee, pasa á ser la esposa, la querida, la hija de Dios. De esa alma está escrito, que es bella como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército en orden de batalla. Léese de esa alma, que el corazón mismo de Dios está herido por la belleza de su mirada; y cándida la apellida el Esposo, paloma la llama el Amado, y toda pura la proclama el Padre eterno. Esa es el cedro del Líbano, esa la paloma de Cades, esa el plátano que fecundiza prodi-

giosamente las márgenes del límpido riachuelo. Esa la que se asemeja á la cándida nieve, cuyas gotas de rocío son llamadas fresquísimas rosas, cuyos lábios están teñidos de castísima púrpura, y cuyo cuello se adorna con preciosos collares. Esa es la que pastorea entre las azucenas del campo, la que se alimenta de miel y de leche. Esa, en una palabra, es la paloma, la esposa, la querida de Dios: *soror mea, sponsa mea, speciosa mea.*

Y bien! ¿qué os parece de ese don, amados cristianos? ¿No debemos nosotros, pues, estimarlo, puesto que nos eleva á un grado tan sublime? ¿Y pudiéramos nosotros, obrando de otra suerte, titularnos verdaderos devotos de María? de María, repito, en la cual, no sólo el primero, sino el único puesto lo obtuvo la gracia? Escogida cual espiritual Junquillo, colmada de celestial licor, desde su concepcion, bien vió Ella, que el fruto de esa gracia eran las prendas y la santidad de su alma. Por eso, la consideró como una perla preciosa, la antepuso á todos los imperios de la tierra, y la estimó con preferencia á toda mundana riqueza. Y prueba bien clara dió de tal aprecio, cuando su bella alma, toda santa y toda inmaculada, unida á su cuerpo virginal, ya formado en el seno materno, comprendió desde entónces la grandeza de su privilegio; y desde entónces ofreció á su Dios el tributo de la más sincera gratitud. Pruebas dió igualmente de tal estimacion, cuando salida del seno materno, desató su lengua para cantar himnos de reconocimiento al Señor. Y por el aprecio que Ella hacía de su gracia, retiróse del mundo, y se encerró en el Templo santo de Dios. Y porque estimaba la gracia, consagrose al Señor con inaudito holocausto de virginal pureza. Y, finalmente, porque estimaba la gracia, la tuvo por compañera en todas las acciones de su vida, las cuales estuvieron reguladas por ella, y por ella dirigidas: de todas ellas la gracia fué la causa, el móvil y el fin.

Y ¿nosotros, amados cristianos? ¡Ah! avergonzémonos de nosotros mismos, avergonzémonos de la vileza en que hemos tenido hasta ahora un don tan excelso, y persuadámonos, de una vez, de que así como sin la gracia es imposible agradar á nuestro Dios, del mismo modo el alma que la mire con vil desprecio, es imposible que sea verdadera devota de María.

¿Y cómo, mis queridísimos hermanos, pudiéramos pensar de otra manera? ¿Pudiera, acaso, ser agradable aquel delicioso Junquillo, que perdiera y no conservara su precioso licor? ¿Fuera posible, que el hombre que no apreciase la gracia, la conservara en su corazón? ¡Amados cristianos! los dones de Dios no deben ser descuidados ni desperdiciados. Cuando el Señor, en las aguas del bautismo, nos

admitió en las filas escogidas de sus fieles campeones, quiso investirnos con ese ropaje preciosísimo de la gracia. Y allí nos la dió cual noble enseña, cual distintivo seguro, cual don preciosísimo. A nosotros toca, pues, el custodiarla, el conservarla; y ¡ay de nosotros, si así no lo hacemos! En este caso, el vituperio, la maldición y los castigos eternos serán decretados contra nosotros; y á ese vituperio, á esa maldición, y á esos eternos castigos se haría acreedora el alma, en el momento mismo que despreciare tal don.

Y bien lo sabeis vosotros, hermanos míos; apénas esa alma desventurada se despoja de su vestidura, apénas quita ese manto de sus hombros, deja de ser la ciudadana de Sion, la heredera de Dios, la coheredera de Cristo; y pasa á ser la hija del demonio, la vil esclava del pecado, un tizon del infierno. Desde entónces ella no puede ya gloriarse de la amistad de los santos, de la proteccion de los ángeles y del favor del cielo. Ya no tiene más derecho á llamar Padre á su Dios, hermano á su Jesús, compañeros á los ilustres bienaventurados. Y aún dentro de sí misma, los gritos de la conciencia, el remordimiento y la desesperacion la atemorizan, la despedazan, la atormentan y la avasallan. Tales son los tremendos efectos de aquella maldición, que, lanzada sobre ella, no bien ha perdido la gracia, la acompañará, sino se arrepiente durante el trascurso interminable de los siglos.

¿Sabeis, ya, queridos hermanos, lo que es perder la gracia? Y si lo sabeis, ¿por qué no poneis todo vuestro ahinco en conservarla? Para ello basta dar una mirada á aquella de quien os profesais verdaderos devotos, una mirada á María. ¡Oh místico y espiritual Junquillo! ¿cuál no fué, pues, tu escrupuloso cuidado para conservar aquel precioso bien, que Dios derramara con tal abundancia en tu amoroso corazón? Vedlo, señores; ese místico Junquillo, que se reconcentra en sus hojas y se repliega en sus pétalos, á fin de conservar más constantemente su fragancia; héla ahí, recogida, modesta, y púdica en su mirada; humilde, reservada y devota en su conducta; sóbria, religiosa y atentísima en el hablar. Su fin sobre la tierra parece reducirse á esto solo: rogar al Señor que no la prive de sus dones y sus divinos favores. A un solo punto parecen enderezadas las obras de su vida: á la custodia de su corazón y á la defensa de su alma, para no exponerla á perder su sedoso manto, su rica vestidura y sus preciosos collares. De ahí esa vida de sufrimientos y mortificaciones, esa vida de recogimiento y de fervor.

Tanto puede en María, amados cristianos, tanto puede, repito, el deseo de mantenerse en gracia, que llega hasta el extremo de renun-

ciar á la divina maternidad, si ántes el Angel no hubiera venido á asegurarla, de que tal gracia podía asociarse con su voto, sin hacerla culpable de violada promesa, y, por lo mismo, no corría el riesgo de desmerecer los celestiales favores.

Y nosotros, ¿qué hemos hecho para conservar la gracia de Dios? ¿A qué bienes hemos renunciado para no renunciar al cielo, que es el mayor de todos? ¿Cómo, y con qué prudencia nos hemos conducido en las pruebas, en las tentaciones, y en los peligros? nosotros, que somos débiles y desvalidos, nosotros que hemos sido concebidos en la culpa, que nada hemos hecho para contrarrestar las malas inclinaciones, para corregir nuestros malos hábitos, y para conservar aquel don de que se nos había hecho partícipes por la misericordia de Dios? ¿Cuál ha sido nuestra vigilancia, cuáles nuestras acciones, y cuál nuestra vida? No quiero insistir sobre este punto, amados hermanos; responda por vosotros la propia conciencia.

Finalmente, el verdadero devoto de María debe procurar crecer en su gracia. ¡Oh almas, que siendo escogidas de Dios, recibisteis en depósito el precioso talento para que negociarais con él! vosotras, que apénas nacidas en el regazo de vuestro Padre amoroso, visteis ceñir vuestra frente con una guirnalda preciosa, que debía ser embellecida por vosotras mismas! almas, digo, que no sé si llamar infortunadas ó felices; ¿de qué modo habeis traficado con ese talento, hermoseado esa corona, acrecentado esa gloria? Si la habeis acrecentado, sois, en realidad, afortunadas; afortunadas, porque poseis la felicidad en esta tierra, y más afortunadas todavía, porque ciertas estais de una felicidad duradera en el porvenir. Mas vosotros, ¡ah! vosotros, no respondeis á mis voces; y ¿por qué, hermanos míos?

¡Gran Dios! ¿serán, acaso, tan ciegos tus siervos, que no procuran el acrecentamiento de aquel don, que siendo gratuitamente otorgado, tan pronto como se negociara, podría hacerlos mil veces más bienaventurados en el cielo? ¡Engañados mortales! vosotros, que mostrais tal afán para mejorar vuestras posiciones; vosotros, que tratáis á toda costa de adquirir de cada dia más celebridad sobre la tierra; vosotros, que teneis en tanta estima el acrecentamiento de una gloria que pasa con más rapidez que el viento, y desaparece aún con más presteza que un relámpago; vosotros, que solo ávidos de lodo, de la sombra, y de la materia; vosotros, repito; ¿no cuidaríais de una fortuna, incomparablemente mejor, de una fama verdaderamente sólida y permanente, de una guirnalda del más radiante esplendor, que alcanzar pudierais en la pátria de los santos, en el Paraíso?

No me digais ahora, que para ser coronados en el cielo basta res-

tituir al Señor intacta aquella gracia que recibimos en el bautismo.

¡Qué error tan funesto, hermanos míos! Abrid, vuestros ojos; prestad atento oído. ¿No veis aquel señor del Evangelio, de mirada severa, de irritado semblante, y con aire de juez? ¿No oís aquella terrible sentencia, con la cual condena á su siervo á las tinieblas exteriores? ¡Oh condenacion verdaderamente terrible! Dicho siervo restituye intacto el talento que había guardado solicitamente, y de ningún modo había malogrado. Empero, el señor quería que lo hubiera negociado, y por no haberlo hecho, le condena á las tinieblas exteriores.

Cristianos oyentes, seamos cuerdos, siquiera esta vez: bueno es apreciar la gracia, y mejor aún conservarla; mas, si no se negocia, si no se acrecienta, de nada ello nos servirá. Aprendamos de María á negociar los dones que hemos recibido de Dios. Ella, Virgen excelsa, delicioso Junquillo, que conserva su licor, y con toda constancia sobre su tallo, lo acrecienta y vuelve cada día más fragante y suave; no dejó, no, inactiva aquella gracia que se mereció de Dios, desde el primer instante de su concepcion, sino, que apenas la hubo gustado, concibió tal deseo de acrecentarla, que no dejó pasar día ni momento, no perdonó medio alguno, no practicó obra alguna que no tendiera á tal fin. Y de tal manera supo acrecentarla y negociarla, que pudo decir de sí misma, que había extendido sus ramas como la palma, que había vuelto su fruto como una vida exuberante, y que sus ramas eran ramas de gracia. De tal modo la acrecentó, que bien podemos repetir aquí, con sobrada razon, que Ella era aquella nubecilla de Elías, que aunque pequeña en su origen, llegó á cubrir al poco tiempo la tierra entera; aquella semilla tan diminuta, que se convirtió en árbol el más majestuoso y sublime; aquella modesta fuente, que vino á ser un mar desparramado é inmenso. Tanto la acrecentó, por último, que pudo ser llamada la madre, el árbitro, la tesorera, la dispensadora de la gracia.

En vista de tal ejemplo, hermanos míos; ¿qué decimos nosotros, qué hace nuestro corazón, qué responde nuestra conciencia? Nosotros ¡oh ceguera incomprensible! nosotros, que queremos, sin embargo, gloriarnos de ser devotos de María; nosotros, á imitacion de aquel siervo del Evangelio, y acaso peor que él todavía, hemos descuidado ese don del cielo; hemos desperdiciado el talento, lo hemos disipado; y un día, siendo deliciosos Junquillos en el jardín de la Iglesia, nos marchitamos sobre el tallo, convirtiendo la fragancia en el hedor más nauseabundo.

¡Dios santo y justo! ¿y qué contestaremos, pues, cuando llamados

á tu divino tribunal, nos veamos obligados á dar cuenta de tal disipacion? ¿Qué pretexto alegaremos en aquel momento tremendo, mis queridos oyentes? ¿Qué voz tan tremenda nos exponemos á oír allí para nuestra condenacion? ¿Cuál no será en aquel acto la angustia de nuestro corazón? ¡Ah, mis amados hermanos! ahora nuestra Madre, para preservarnos de tales infortunios, nos ofrece en esta noche sus luminosos ejemplos. Imitémosla, pues, como verdaderos devotos, como amantes hijos. Para alcanzar el Paraíso es necesario poseer la gracia: pues bien; esa gracia apreciémosla, ante todo, toda vez que ella conduce á la posesion de un bien apreciable sobre todos los demás.

Para entrar en los banquetes eternos, es indispensable revestirse con el blanco vestido de la gracia; ¡ea, pues! conservémosla para no correr el peligro de que al ser llamados por el esposo celestial, nos hallemos despojados de los necesarios ornamentos. Para alcanzar la posesion de Dios, premio y merced de nuestras fatigas, es menester aumentar la gracia que nos fué dada en el bautismo, y hacer que sea fuente y principio de merecimientos: pues bien, negociémosla, á fin de que asociándose ese don gratuito al merecimiento, nos haga dignos del premio eterno.

¡Animo, pues, amados cristianos! que el ejemplo de nuestra Madre María nos estimule y nos aliente. Ella, cual delicioso Junquillo lleno de espiritual licor, y de gracia divina, tuvo en mucha estima esa gracia, la conservó y la acrecentó: hagamos nosotros otro tanto, y seremos sus verdaderos devotos. En toda ocasion, y en todas nuestras acciones no perdamos de vista esa gracia; que ella nos dirija; obremos bajo sus inspiraciones, y nuestros actos irán enderezados á acrecentarla.

Y Vos, ¡Virgen bendita! Vos, que sois de la gracia el árbitro, la tesorera y la Madre, Vos nos la alcanzareis de Dios; y ahora, Vos misma, infundid en nuestros corazones tal aprecio de ella, que la antepongamos á todos los bienes engañosos de la tierra. Haced Vos que sepamos custodiarla, aún á costa de fatigas y penalidades, renunciando para ello, si es necesario, no solo á los bienes terrenales, sino aún á nuestra propia vida. Ayudadnos á multiplicarla con nuestras obras, para que, á manera de deliciosos Junquillos, podamos también nosotros, un día, ser transplantados en los jardines del cielo.

DIA CUARTO.

EL GERANIO,

Ó SEA:

LA VIDA CRISTIANA.

*Ducam eam in solitudinem, et loquar
ad cor ejus.*

La llevaré á la soledad, y la hablaré al
corazon.

(OSEAS II, 14.)

Festejos, bullicios y placeres; hé ahí, mis queridos hermanos, el objetivo de los modernos cristianos en esta tierra. Figurar en el mundo, participar de sus goces, y pasar en el ocio los breves dias de esta vida; tal parece ser el único destino que les señaló el Altísimo. Espíritu de Religion y de Fé; ¿dónde has establecido, pues, en nuestros dias, tu morada? ¡Oh! qué horrores de un siglo prevaricado! Y ¿cuántos somos hoy los que dirigimos nuestra mirada al Nazareno retirado en el desierto? ¿Cuántos los que encaminamos nuestros pensamientos al Redentor, que está sudando en el huerto? ¿Cuántos los que nos detenemos en contemplar el Crucificado, que está pendiente y agonizando sobre el Gólgota? ¡Hombres profanos del siglo, idólatras de vosotros mismos! vosotros, que estais enseñando á voz en cuello, que, al fin y al cabo, el Señor no ha acumulado una infinidad de deleites para que puedan agostarse sin ser apercebidos, sino para que el hombre disfrute de ellos á su albedrío; vosotros, que estais repitiendo, que la soledad no está destinada por el Todopoderoso para morada de los hombres, sino para refugio de los animales y de las fieras; vosotros, que engañais vuestra cobardía y somnolencia con paliados pretextos de poca salud, débiles fuerzas y deteriorada naturaleza; ¿en qué página del sacrosanto Evangelio habeis aprendido tan descabellada doctrina? ¿Debe ser esa, acaso, la vida del cristiano sobre la tierra?

Pues bien; confrontémosla con el modelo que esta noche nos ofrece el místico jardin Mariano. Cesad, mis queridos hermanos, de echar una mirada incierta sobre el conjunto de ese sitio deliciosísimo, y puesto que siempre os sentís inclinados á satisfacer en todas las cosas vuestros apetitos, ávidos de dar la preferencia á aquellas que os acarrearán consuelo y deleite, no os desdeñeis, por un momento, de fijar los ojos, sencillamente, sobre una flor, y que, por cierto, no es de las más brillantes y pomposas. Un Geranio es, amados hermanos, la flor, sobre la cual vengo á llamar vuestra atencion, y sobre aquel Geranio, que el hombre llama triste. Sus hojas son esféricas, pequeñas y purpurinas sus flores, matizadas lijaramente de blanco acá y acullá. Su tallo no es muy alto; sus ramas son siempre desiguales; y de dia, apenas tiene aroma.

Pues bien; ¿pudiérais, acaso, despreciar esa humilde florecilla? ¿Osaríais hollarla con vuestra planta, ó, cuando ménos, dejarla en el abandono? En buen hora; abandonadla; mas yo os suplico, si es que os digneis escucharme, que le dirijais, á lo ménos, una mirada. ¡Oh! qué bellezas tan maravillosas ostenta! Aquella flor, que apenas exhala perfume alguno á la viva luz del dia, al quedar cubierta por las tinieblas de la noche, derrama una fragancia tan deliciosa, que llega á eclipsar, á superar la de las florecillas mismas que la rodean. Y ¡cosa admirable! amados hermanos; á medida que las tinieblas de la noche van avanzando, más sorprendentes bellezas van apareciendo en esa flor misteriosa. Hé aquí, pues, que despues de aquel suave perfume, la planta entera se reviste de brillantísimas perlas, semejantes á un rocío celestial; pero que, en realidad, no son otra cosa que gotas de licor interno transpirado por los poros, por una fuerza de la misma planta, contenida, durante el dia, por los vivos rayos de la luz.

El misterio, hermanos míos, se manifiesta por sí mismo. María, que nos habla en esa flor, nos ofrece con ella un ejemplo de lo que debe ser la vida cristiana sobre esta tierra; vida, que solo se manifiesta por la suave fragancia de las cristianas virtudes en las tinieblas y en el silencio de la noche, cuando, estando todo callado, el mundo parece una soledad universal; vida, que en esa soledad misma se baña de rocío celestial, de misterioso licor, simbolo de lágrimas, de gemidos y sollozos; vida, finalmente, que se reasume toda entera en un esfuerzo generoso, expresado en esos prolongados sudores, con los cuales el hombre baña su frente para seguir el sendero de la cruz, y llegar al monte de la perfeccion y de la gloria. En suma, y para decirlo todo de una vez, María, simbolizada en